

Presentación

 Jorge Monteleone

En un fragmento del film *Nostalgia de la luz* (2010), de Patricio Guzmán, se escucha el testimonio del arqueólogo chileno Lautaro Núñez Atencio, cuando afirma que los astrónomos y los arqueólogos comparten un mismo territorio para investigar el pasado de las estrellas y el pasado de la tierra, porque la posibilidad de introducirse en el pretérito es mayor que en otros. La transparencia del cielo del desierto de Atacama para los astrónomos es equivalente al clima seco para los arqueólogos, ya que les permite reunir la mayor cantidad de evidencias del pasado y por eso comparten el mismo territorio. “Estamos en una puerta hacia el pasado”, acota Guzmán, “y sin embargo [Chile] es un país que no trabaja su pasado. Está entrampado en un golpe de Estado que lo tiene todavía inmovilizado de cierto modo”. Lautaro advierte que esa paradoja es la que más le preocupa a su amigo Patricio, cuyos filmes, de una belleza lacerante, quieren desarmarla y responder con la misma busca de evidencias acerca de los estragos de la dictadura.

Es una paradoja —agrega el arqueólogo, que comparte ese desvelo—. El pasado más cercano a nosotros lo tenemos encapsulado. Es una paradoja enorme. Fíjate, qué poco sabemos del siglo XIX. ¡Cuántos secretos guardamos del siglo XIX! Nunca hemos dicho con claridad por qué arrinconamos a nuestros indígenas. Ese caso es secreto de Estado. No hemos hecho absolutamente nada por entender por qué en el siglo XIX se generaron estos modelos económicos vertiginosos, como el salitre, pero después no quedó *nada*. Entonces nuestras historias más cercanas las hemos mantenido a un nivel de ocultamiento, de encubrimiento. Hay como un contrasentido, como que no queremos acercarnos a nuestra prehistoria cercana, como que sería casi una prehistoria acusatoria. Y eso, estimado amigo, no sirve, no le sirve a nadie. No le sirve ni a la derecha, ni al centro, ni a la izquierda.

Roberto Bolaño lo supo siempre. Cuando en 1999 retornó a Chile por un breve lapso, luego de 25 años de ausencia, escribió varios textos desafiantes, que muchos colegas rechazaron y otros lectores exaltaban. Uno de ellos llevaba el título “El pasillo sin salida aparente” y fue publicado en Barcelona por la revista *Ajoblanco*, en el número 116 de mayo de 1999. En el copete de presentación se decía que era “la crónica de un reencuentro amargo”. En la primera línea se reconoce que aquella metáfora del título se refería a su propio país: “Es extraño volver a Chile, el país pasillo, pero si uno lo piensa dos y hasta tres veces, es extraño volver a cualquier parte”, se lee. En ese texto se narra aquella célebre anécdota maledicente sobre la cena en casa de Diamela Eltit y de su esposo, entonces ministro, Jorge Arrate, que causó revuelo y rechazo; seguía luego una

llamada telefónica de Bolaño a Pedro Lemebel: “Los coches pasan bajo mi balcón y Pinochet está preso en Londres. ¿Cuántos años hace desde el último toque de queda? ¿Cuántos años faltan para el próximo? A mí no me perdonan que recuerde todo lo que hicieron, dice Lemebel. ¿Pero quieres saber lo que menos me perdonan, Robert? No me perdonan que yo no los haya perdonado”, escribe Bolaño. Lo más terrible de esa crónica, sin embargo, es la historia verídica que la cierra. Ignacio Echevarría, el compilador del volumen de ensayos y artículos que la incluye, *Entre paréntesis* (2004), afirma en la nota acerca del texto que todas las alusiones allí referidas *son ciertas*. El hecho que cuenta ocurrió durante la dictadura de Pinochet. En esos años, relata Bolaño, una mujer joven de derecha, aficionada a la literatura, se casa con un joven norteamericano de derecha, que era agente de la DINA (la Dirección de Inteligencia Nacional, que fue la policía secreta del régimen de Pinochet para reprimir y eliminar a la oposición política) y posiblemente también agente de la CIA. Viven en una gran casa en las afueras de Santiago, los dos son glamorosos y se aman. La mujer se dedica a escribir y asiste a talleres literarios; el hombre, en los sótanos de esa casa, “se dedica a interrogar y torturar a presos políticos que luego pasan a otros centros de detenciones o a engrosar la lista de desaparecidos”. Durante algunas noches, después del toque de queda, la mujer invita a su casa a distintos grupos de escritores que se diversifican y disfrutan de la hospitalidad y la buena mesa. Cierta noche uno de los invitados, que aún no conoce la casa, va al baño y se pierde, baja unos escalones y “abre una puerta que está al final de un largo pasillo semejante a Chile. La habitación está a oscuras pero aun así distingue un bulto amarrado y doliente o tal vez narcotizado”. El invitado, con terror, regresa a la fiesta, pero no dice nada. Bolaño cita de nuevo a Lemebel, cuando conjetura que el alto voltaje de la picana haría pestañear las luces y los gritos serían tapados por el volumen de la música disco que imperaba. Las fiestas continúan y la anfitriona, fiel a su vocación, gana un premio de cuento que publica en la única revista literaria de la época —“una revista de izquierda”, acota Bolaño y finaliza, implacable, con esta sentencia: “Y así se va construyendo la literatura de cada país”. Como ha señalado Carlos Gamero en el ensayo incluido en este número de *Zama*, Roberto Bolaño “retoma el tema del mal en la literatura latinoamericana” y la exploración, en algunas de sus novelas chilenas, de “la connivencia del mundo de la cultura con la dictadura, la invitación de esta a aquella a subirse a su barco y navegar juntas”.

Marcelo Cohen escribió, entre tantas páginas extraordinarias, algunas sobre el monumental *Zurita* (2011) del poeta chileno Raúl Zurita, uno de aquellos artistas que de un modo persistente evocó con dolor y furia en sus versos memoriosos la dictadura de Pinochet. El texto se llama “Derrumbe y reconstrucción en el libro capital de Raúl Zurita” y está incluido en su libro de ensayos *Notas sobre la literatura y el sonido de las cosas* (2017). Cohen cuenta que en la madrugada del golpe de Estado, del 10 al 11 de setiembre de 1973, a Zurita —que ya estaba separado y con dos hijos y era militante del PC— lo detuvieron, lo encerraron durante tres meses en la bodega del carguero Maipo y lo torturaron. Esa “novela en poemas” lleva consigo ese pasaje al horror, transfigurado como un núcleo sombrío que irradia en sus versos. La sensibilidad lectora de Cohen no resigna la comprensión filosa incluso ante el gesto desmedido del libro de 740 páginas, cuya dimensión es tan grande como el trauma evocado: “el libro hurga tanto en el horror, las humillaciones, el sufrimiento y la privación de las víctimas de la dictadura como en las agachadas y faltas de Zurita para con los otros y él mismo. Es un gesto desmedido de poesía de la purga; una gran fractura —humana y geográfica— expuesta flagrantemente como requisito para la rehabilitación”, escribe Cohen. Al calibrar la experiencia extrema de Zurita en la historia que Latinoamérica sangró en tiempos de represión, cuando las democracias naufragaban, Cohen admite que en Chile, particularmente, los poetas alzan la voz, pueblan la vida civil. Pero ese reconocimiento no es otra cosa que admitir la potencia precaria de la poesía:

[Los poetas chilenos] son facundos, y con toda su intemperancia Zurita no escapa al rol, aunque sea el extremo descarnado del discurso social. Estar en el ágora poetizando la masacre y los muertos, la redención de la culpa y la desgracia, puede ser una vía rápida al patetismo. Pero Zurita no es esa clase de bardo. En una época en que las generaciones siguientes bajaron astutamente el tono, pero en un mundo enflaquecido por el crecimiento, su poesía, anacrónica y temeraria como la experiencia que la fustiga, insufla deseo de perderse en la inmensidad.

Del otro lado de la cordillera, en Argentina, la brutal experiencia del exterminio en las dictaduras no fue menor y la literatura no dejó de atestiguarla, ni denunciarla a través de un acto que buscara su forma propia para ser más eficaz. Rodolfo Walsh —que fue acribillado a balazos en San Juan y Entre Ríos por un grupo de tareas de la ESMA en 1977— lo hizo con *Operación Masacre* (publicado en 1957 y con sucesivas reescrituras para ediciones posteriores) sobre los fusilamientos clandestinos a civiles en José León Suárez el 10 de junio de 1956 por parte de la dictadura militar que derrocó a Perón en 1955, entonces presidida por el general Aramburu. Roberto Ferro estudió minuciosamente el trabajo periodístico-literario de Walsh en su ensayo crítico “*Operación Masacre: investigación y escritura*” (incluido en la compilación editada por Jorge Lafforgue, *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*, 2000). Ferro, que años después publicaría varias novelas de la serie de su personaje Jorge Cáceres, fija en la agudeza de los datos una imagen que solo el impulso narrativo puede prefigurar y recrea a Walsh desde aquella noche previa del 9 de junio de 1956: “Fuma pausadamente, envuelto en una chalina; alienta su gastritis insoslayable con una ginebra; piensa, quizás, en *las suaves tranquilas estaciones*. Pero aquella partida se verá interrumpida por el estruendo de las explosiones y el incesante resonar de los disparos”. Esta tensión narrativa de su artículo permite seguir con minuciosidad la profunda inmersión de Walsh en los hechos y, sobre todo, su posición ética al dilucidarlos en el relato. Ferro distingue claramente la implicancia de esa discursividad al situarla en el lugar elegido desde donde se investiga y denuncia: *el lugar de las víctimas*.

Antes que una estética de cualquier orden —escribe Ferro— hay una ética que se impone en la investigación de un saber siempre obliterado, tachado de la memoria colectiva. Un saber que Walsh no propondrá nunca como definitivo, nunca como “la verdad”. Cada caso quedará abierto; *Operación Masacre* es el mejor ejemplo, su texto será revisado, analizado a partir de nuevas circunstancias histórico-sociales. Un saber que no lo dejará inalterable, un saber inseparable de su acción.

Las trágicas circunstancias históricas que padecieron los pueblos de Latinoamérica, centrados en estos testimonios acerca de la represión y asesinatos de las dictaduras en Chile y Argentina, confluyen en actos de memoria y testimonio desde la literatura que son, sobre todo, elecciones éticas cuya finalidad última es aquello que reaparece una y otra vez: desocultar, develar, descubrir, denunciar, señalar aquello que el poder escamotea. Pero la potencia de ese acto reside menos en el, aun insoslayable, valor documental, que en otra ética simultánea que bien podríamos llamar “ética de la forma”. En este número de *Zama* recordamos y homenajeamos a estos tres escritores que a su modo confluyen en esa premisa y en un contexto histórico común: Roberto Bolaño, Marcelo Cohen y Roberto Ferro padecieron en sus vidas las dictaduras y los dos primeros fueron arrojados al exilio. Pero no fue el silencio y la resignación el correlato de sus vidas, sino la lucidez.

Además de los homenajes a los cercanos amigos que frecuentamos, leímos y admiramos durante muchos años y del *dossier* dedicado a Bolaño, que actualiza los estudios sobre el gran escritor chileno, *Zama* ofrece sus habituales secciones con artículos, notas y reseñas de sumo interés.

